

La noble preocupación de Jesús

(Marcos 6.30-52)

Joe Shubert

«¿De veras le preocupa a Jesús mi bienestar?». ¿Se ha hecho usted alguna vez esta pregunta? Marcos 6.30-52 retrata vívidamente la preocupación de Jesús por el bienestar de los demás. Son maravillosas a la contemplación Su ternura y compasión.

I. SU PREOCUPACIÓN POR SUS DISCÍPULOS (6.30-33)

Batsell Barrett Baxter escribió un artículo que lleva por título: «Reduzca el estrés de la vida». En su artículo, él relata la siguiente experiencia:

Un amigo mío que pasaba muy ocupado por ser propietario de una estación de televisión, se rió un día que contrastó su estilo de vida apresurado y lleno de estrés, con el de dos hombres que vivían en su granja. Como ejecutivo que era y que pasaba ocupado en el competitivo negocio de las comunicaciones, se levantaba temprano, salía en coche de su casa de granja, se dirigía a la ciudad, trabajaba a presión todo el día, y luego se retiraba agotado a su granja todas las noches. Una tarde, cuando se dirigía a su casa, más cansado que de costumbre, me dijo que viró para salir de la carretera principal y tomar el camino privado que llevaba a su casa. Miró hacia el lago que había en su propiedad, y notó a los dos hombres que trabajaban en su granja pescando a una hora avanzada de la tarde en su lago privado. Pensó en el estilo de vida tranquilo, libre de estrés y sosegado de estos hombres y lo contrastó con su propio estilo de vida sometido a las presiones propias de su trabajo. Se preguntó si eran ellos los que trabajaban para él, o él para ellos. Aunque trabajaban arduamente cultivando la tierra y cuidando de los animales de la granja, también tenían tiempo para disfrutar sosegadamente de la vida. Varios meses después, leí en los periódicos que vendió su estación de televisión y se retiró. Es de esperar que él también esté teniendo tiempo para disfrutar de las mejores cosas de la vida.

Continuó Baxter con las siguientes palabras:

La mayoría de nosotros elige formas menos extremas de escape. Trabajamos durante la mayoría de los meses del año con el fin de tener dos semanas de vacaciones en algún remoto escondite. Puede que vayamos a acampar con la familia, o que hagamos excursionismo de mochila en uno de los parques nacionales, o que volemos a algún lugar para vacacionar en el que haya cálidas aguas y esté bañado de sol. Para el resto del año están los breves fines de semana cuando uno viaja a Colorado a esquiar, o sencillamente rompe la rutina tomándose algunos días para apartarse de las presiones usuales del trabajo. Muchas personas serias dicen que el problema de salud más importante es el estrés desenfrenado y descontrolado. Todo el mundo habla del estrés, de sus consecuencias y de cómo evitarlo.

Las personas sólo pueden soportar cierta cantidad de tensión y estrés. Cuando el cuerpo o el cerebro son puestos a prueba con más estrés del que pueden soportar, se produce una crisis nerviosa.

A veces solamente vemos un único aspecto del cristianismo. Consideramos que es una religión que está continua y permanentemente haciendo llamados a nuestro sentido del deber. Es cierto que el cristianismo hace tales llamados. Pero el relato del evangelio también está lleno de hermosos momentos en los que afloró la preocupación de Jesús por las presiones y tensiones bajo las cuales trabajaban Sus discípulos. De hecho, las presiones y tensiones que se acumulaban sobre Sus discípulos, preocupaban más a Jesús que a ellos mismos. El cuerpo y la mente están tan estrechamente relacionados, que cuando uno entra en crisis, al otro también le pasa lo mismo. Jesús reconoció la necesidad de períodos de descanso, refrescamiento y reposo, y Su ministerio fue interrumpido por retiros en búsqueda de la tranquilidad.

Una de estas ocasiones se recoge en Marcos 6.30-31:

Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. El les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer.

Los versículos que más inmediatamente anteceden a este pasaje no constituyen su contexto, pues tales versículos son una inserción entre paréntesis que hace Marcos para informar de la muerte de Juan el Bautista a manos de Herodes Antipas (vers.^{os} 14–29). El versículo 30 se enlaza en realidad con los versículos 12 y 13, en los que Marcos dice: «Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban».

Los apóstoles acababan de regresar de su gira misionera por las ciudades de Galilea. Habían visto a Dios actuar poderosamente por medio de ellos. Estaban entusiasmados, encantados, llenos del nerviosismo propio del éxito y la victoria. Sin embargo, la obra había sido dura y estresante, y Jesús vio la necesidad que tenían ellos de apartarse para un período de reposo y tranquilidad. El lugar desierto que Él recomendó era un lugar aislado en el que no habitaba nadie.

Es interesante la fuerza con que Jesús expresó Su recomendación. El griego lleva implícita la explicación en el sentido de que no fue exactamente: «Vengan *ustedes* conmigo a un descanso», lo que dijo, sino, más bien: «Vengan conmigo a un descanso *para ustedes*». Sabía que Sus discípulos, cansados y agotados por los grandes esfuerzos que hicieron en sus prédicas, necesitaban reposo físico y espiritual.

II. SU PREOCUPACIÓN POR LA MULTITUD (6.34–46)

Sin embargo, el reposo, el descanso, la privacidad que Jesús buscaba para Él y los discípulos no habían de ser. Los versículos que siguen de Marcos 6, explican lo que sucedió:

Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto. Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas (vers.^{os} 32–34).

Este lugar en particular, se encontraba al otro lado del mar de Galilea, a poco más de seis

kilómetros por agua, y a aproximadamente dieciséis kilómetros por tierra, si se iba bordeando el mar. En un día sin viento, o con fuerte viento contrario, una barca podría tomarse algún tiempo para hacer la travesía hasta la otra orilla del mar. Por lo tanto, un caminante lleno de energía podía recorrer el trayecto de dieciséis kilómetros que bordeaba el mar y llegar antes que la pequeña barca. Eso fue lo que aparentemente ocurrió en esta ocasión. Cuando Jesús y los apóstoles salieron de la barca al otro lado del mar, fueron recibidos por la misma gente de la cual se habían tratado de alejar.

Aquí estaban ellos, tratando de alejarse de la multitud, tratando de reposar y descansar un poco, y la multitud vino al encuentro de ellos. Pero Jesús no les dijo: «¡Gente, espere! ¿Acaso no pueden dejarnos descansar un poco? ¿Acaso no pueden dejarnos en paz algunos minutos? ¡Déjenos reposar!».

Manejó la situación de modo diferente. Tenía el corazón de un pastor. Dijo en el versículo 34: «[...] tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas». Jesús y los apóstoles comenzaron a enseñar y a sanar. Cuando la noche llegó, todavía había grandes cantidades de gente allí. Ninguno había comido. Marcos nos dice que un asombroso evento ocurrió. Dice Él:

Quando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? El les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. Y comieron todos, y se saciaron. Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces. Y los que comieron eran cinco mil hombres (vers.^{os} 35–44).

Aunque usted no lo crea, este es el único milagro de todo el Nuevo Testamento, que fue recogido por los cuatro evangelistas.

Por medio de este evento, vemos un contraste entre la actitud de Jesús, por un lado, y la de los discípulos, por el otro.

En primer lugar, hubo una reacción diferente a la necesidad humana. Cuando los apóstoles vieron cuán tarde era, y que la multitud estaba cansada y hambrienta, dijeron: «Despídelos para que busquen qué comer». Pero Jesús dijo: «Denles ustedes de comer». Estaba diciendo, en efecto: «Estamos aquí. Es nuestra responsabilidad velar porque tengan qué comer. Nos encargaremos nosotros mismos del problema».

En segundo lugar, este evento muestra dos reacciones diferentes a los recursos humanos. Cuando a los discípulos se les pidió que le dieran a la gente de comer, ellos argumentaron que se necesitarían ocho meses de salario de un obrero, es decir, doscientos denarios, para proveer suficiente pan para esta gente. Pero Jesús no les contradujo esta razón. Sencillamente respondió haciéndoles una pregunta concreta: «¿Cuántos panes tienen?».

¿Por qué cree usted que Jesús hizo tal pregunta? ¿Estaba acaso demostrando a sus discípulos cuán insuficientes eran los recursos de ellos?

Juan nos dice que Andrés halló a un muchachito. Ese muchachito, entre los miles de personas que había allí aquel día, tenía un almuerzo empacado. En él tenía cinco panes de cebada y dos pececillos. Sospecho que mi respuesta habría sido como la de Andrés. Andrés se acercó a Jesús y le dijo: «¿Pero, Jesús, ¿qué es esto para tantos?».

Los panes de cebada eran el alimento que comían los más pobres de los pobres. El de cebada era el más barato y más ordinario de todos los panes del siglo I. Es probable que los dos pececillos fueran los típicos peces salados por los cuales se conocía el mar de Galilea, peces del tamaño aproximado de nuestras sardinas. La gente ponía un pececillo salado en un panecillo seco y lo comían. Pero Jesús tomó estos cinco panes de cebada y los dos pececillos salados e hizo maravillas con ellos.

Los que les cuesta creer lo milagroso tienen un problema en este versículo de Marcos, porque no pueden conceder que en realidad ocurrió un milagro. No aceptan los milagros, así que tienen que ver cómo se las ingenian para dar toda clase de explicaciones acerca de lo que sucedió. Una explicación muy generalizada es que cuando este muchachito renunció al almuerzo que traía en su bolsa, mostrando así una noble generosidad, ocurrió un milagro de influencia. La gente que aprendió del regalo dado por este muchachito también sacó sus pequeñas bolsas de almuerzo que traían ocultas, e imitando la generosidad de aquél, dieron almuerzos y proveyeron suficiente alimento para las multitudes.

Existe una segunda explicación que espiritualiza lo que sucedió. Esta explicación dice que Jesús acababa de terminar de enseñar al pueblo cuando Él tomó los cinco panes y los dos peces. Oró sobre ellos y los partió. Cuando comenzaron a repartirlos entre la audiencia, la gente, llena del pan espiritual con el que Jesús les acababa de alimentar por medio de Su enseñanza oral, se dieron cuenta de que no tenían tanta hambre como al principio creyeron. Así, los cinco panes de cebada y los dos pececillos fueron suficientes para alimentar diez o doce mil personas.

Por supuesto, ni una ni otra de las dos explicaciones anteriores toma en cuenta el texto. Las dos esquivan, evaden y evitan lo que claramente sucedió en Marcos 6. Jesús hizo un auténtico milagro. Tomó cinco panes de cebada y dos pececillos y los multiplicó milagrosamente hasta tener suficientes panes y pececillos para alimentar las diez o doce mil personas. Cualquiera que no crea lo anterior, la verdad es que no cree en la Biblia.

En este evento Jesús está tratando de enseñarles a los apóstoles a ser receptivos a las actuaciones del Señor.

Así que se sació el hambre de la multitud, Marcos dice en los versículos 45 y 46 que...

En seguida hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Y después que los hubo despedido, se fue al monte a orar.

III. SU PREOCUPACIÓN POR PEDRO (6.47-52)

Otro dramático acontecimiento ocurre en los versículos 47 al 52. Dice Marcos:

Y al venir la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario, cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles. Viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron; porque todos le veían, y se turbaron. Pero en seguida habló con ellos, y les dijo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Y subió a ellos en la barca, y se calmó el viento; y ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban. Porque aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones.

Los judíos tenían su noche judía y su día judío. La noche judía comenzaba a las seis de la tarde y se extendía hasta las seis de la mañana. Este período se dividía en cuatro viglias. La primera se extendía

desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche. La segunda era desde las nueve de la noche hasta la medianoche. La tercera era desde la medianoche hasta las tres de la mañana. La cuarta y última vigilia era desde las tres de la mañana hasta las seis de la mañana.

Marcos dice que este acontecimiento en particular tuvo lugar cerca de la cuarta vigilia de la noche, que sería cerca de las tres de la mañana. Jesús estaba solo sobre la ladera que daba al mar de Galilea, donde había estado orando a solas. Cerca de las tres de la mañana, se volvió y miró al mar. A la luz de la luna que brillaba, Él pudo ver que el viento se había levantado sobre el mar y la diminuta barca en la que viajaban Sus discípulos, estaba siendo balanceada por el viento fuerte. Empezó a avanzar hacia ellos andando sobre el mar.

Una interesante frase aparece en el versículo 48. Marcos relata que Jesús «quería adelantárseles». No sé todo lo que esto pueda dar a entender, pero parece que quiere decir que Jesús, en esta ocasión, no estaba en realidad pensando interceder. Estaba pensando adelantárseles a estos discípulos sin que lo notaran, y dejarlos que lucharan a brazo partido con este problema ayudados por su incipiente confianza y fe en Dios.

Puede que algunos nos encontremos en una situación parecida ahora mismo. Puede que estemos batallando con una situación compleja. Puede que estemos haciéndole frente a una situación que casi escapa a nuestro control. Nos sentimos solos mientras remamos con gran fatiga. Pero necesitamos reconocer que Dios está siempre cerca.

Los discípulos estaban espantados, ¿y quién no lo hubiera estado? Cuando vieron a Jesús, creyeron haber visto un fantasma. Gritaron llenos de espanto. Jesús les habló. Estas palabras se han repetido innumerables veces a los discípulos asustados y turbados en el transcurso de los siglos: «¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!» (vers.º 50). Esto es lo que todos necesitamos oír, ¿verdad que sí?

Los apóstoles fueron testigos del poder de Dios ese día. Pero Marcos señala que a ellos todavía les estaba costando entender lo que significaba. Las palabras con que concluye este párrafo dan la razón por la que los discípulos estuvieron espantados de que a Jesús se le viera andar sobre el mar hacia ellos. Note los versículos 51 y 52: «Y ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban. Porque aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones». Cuando una persona tiene una mente cerrada, no está en absoluto receptiva a ninguna verdad nueva.

Estos apóstoles, a pesar de haber estado con Jesús muchos meses, todavía no entendían lo que estaba sucediendo. Sus mentes todavía estaban cerradas. No entendían ni siquiera lo que había sucedido anteriormente en la tarde con el milagro de los panes y los pececillos. Marcos está diciendo que estos apóstoles no podían entender acerca de la ayuda que recibirían de Jesús porque no podían relacionar los dos eventos en sus mentes: la alimentación milagrosa de cinco mil hombres, y la capacidad de Jesús para venir a ellos en lo más furioso de la tempestad, en mitad de la noche, sobre el mar de Galilea. El milagro de la tarde, como fundamento de la confianza, sencillamente no duró hasta las oscuras horas de la noche. Marcos dice sencillamente: «Porque aún no habían entendido lo de los panes [...]». No entendían el poder de Jesús. No entendían su corazón compasivo.

En el testimonio que da Mateo de este acontecimiento, añade otra dimensión al relato, que subraya el mensaje que el Señor nos está enseñando. Entre los apóstoles, Pedro pareció más seguro que los demás cuando vio a Jesús andando sobre el mar hacia la barca. Expresó su seguridad diciendo: «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas» (Mateo 14.28). Eso fue verdaderamente valiente, ¿verdad que sí? La respuesta de Jesús fue inmediata y consistió en una palabra de invitación. Dijo: «Ven». Pedro dio ese impetuoso paso movido por la fe. Empujó de debajo de sus pies aquella barca, salió de ésta, y anduvo, por lo menos un rato, sobre el agua. Luego Pedro comenzó a ver el viento y las olas desde otro punto de vista. Apartó su mirada de Jesús y comenzó a centrarse en el peligro que representaban el viento y las olas. Esto siempre produce consecuencias funestas. Cuando empezaba a hundirse, dio voces, diciendo: «¡Señor sálvame!». Jesús extendió su mano y lo levantó. Las palabras que dijo a Pedro se pueden aplicar a todos nosotros muy a menudo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?». Pedro dudó porque de repente se dio cuenta de que estaba fuera, sobre aquella agua donde no lo alcanzaba poder humano alguno, y eso le dio un susto de muerte. Se dio cuenta de que sólo el Señor podía ayudarlo, y no estaba seguro de que Jesús lo salvaría.

Todo lo anterior llega a ser muy personal para cada uno de nosotros cuando dejamos que esa barca represente nuestras propias capacidades, destrezas, pensamientos y recursos humanos. El primer paso para salir de la barca de nuestro propio poder humano es el más peligroso porque es

precisamente después de ese primer paso que comienza el peligro. En el momento que apartamos los ojos de el Único que nos puede ayudar, nos llenamos de pánico. Nos decimos a nosotros mismos: «¡Qué tonto que soy! ¿Qué estaré haciendo aquí afuera?». ¿Se ha sentido alguna vez así? ¿Se ha dicho a sí mismo alguna vez: «¿Qué me estará pasando? ¿Por qué estoy aquí?»? Ese es el momento en que nos empezamos a hundir.

CONCLUSIÓN

El Señor todavía está diciendo, tal como lo ha dicho durante casi dos mil años: «Para el hombre, esto es imposible; mas para Dios, todo es posible». Siempre y cuando crea como debe ser, habrá esperanza. Con la fe y la obediencia a la voluntad del Señor, lo imposible llega a ser posible. Su vida está ligada a Su poderosa vida por la fe y la sumisión.

ILUSTRACIONES

La Biblia, un escudo de fe

Durante la Segunda Guerra Mundial, trascendieron informes en el sentido de que hubo casos de vidas que fueron salvadas porque un Testamento en los bolsillos de una camisa detuvo una bala que casi se desperdició. Esto hizo que algunos editores les pusieran cubiertas de acero a los Testamentos que habían de ser usados por soldados. No es el propósito de la Biblia servir de esa clase de escudo. Un cínico comentó acertadamente que con una baraja se habría logrado el mismo propósito.

O es pecado o es gracia

G. Campbell Morgan acertadamente dijo: El hombre puede al final librarse, ya sea del pecado o de la gracia, pero no de los dos. Puede que se libere del pecado cediendo a la gracia, o puede salirse de la influencia de la gracia, cediendo al pecado.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS